

**La soledad y el encierro como marcos de autofiguración en la escritura de  
Ezequiel Martínez Estrada.**

Adriana Lamoso  
Universidad Nacional del Sur  
adrilamoso@yahoo.com

Quizá como antítesis que pone en evidencia, contrastivamente, el estado de perturbación, Ezequiel Martínez Estrada diseña en 1957 una imagen de sí que difiere de la construcción que enuncia en el prólogo de 1946: “Este libro (...) responde más bien a un deber: Es casi una meditación, el divagar por las calles de un hombre solitario que ni siquiera se ha propuesto un paseo agradable. Un libro, en fin, que pudo no haberse escrito sin que ello dejara ningún vacío en el alma del autor.”<sup>1</sup> En *La Cabeza de Goliath*, el cuerpo del escritor permanece escindido del cuerpo del país, y el paseo urbano y solitario del escudriñador se asienta en la distante observación de quien puede contemplar desde afuera la vida ciudadana y explorar sus raíces existenciales para luego saber decir. La imagen del intérprete que es capaz de percibir los avatares de la gran urbe y de sus habitantes, con la suficiente autonomía como para auscultar sus males verdaderos, puede asemejarse a la metáfora del intelectual crítico que esboza Georg Simmel en su *Sociología*. En este texto alude a la figura del ‘extranjero’ en tanto tipo social que llega a una tierra y se queda, pero a pesar de su detención no se asienta en ella<sup>2</sup>. En palabras de Martínez Estrada: “Ningún lector tiene derecho a atribuirle al autor otra intención que la de traducir en el estilo de pensar y decir más alto de que dispone en sus aptitudes de escritor, aquello que ha visto en la ciudad donde vive, pero en la que no nació ni quiere morir. Sin enconos y sin gratitudes, como un observador a quien no le interesan sino los veredictos de su conciencia.”<sup>3</sup> Asumir una figuración semejante a la que construye Simmel le posibilita al ensayista establecer la distancia necesaria para interpretar la cotidianeidad de una manera que abraza la ilusión objetivista. Simmel lo expresa en estos términos: “Como el extranjero no se encuentra unido radicalmente con las partes el grupo o con las tendencias particulares, tiene frente a todas sus manifestaciones la actitud peculiar de lo ‘objetivo’, que no es meramente desvío o falta de interés, sino que constituye una mezcla *sui generis* de lejanía y proximidad, de

indiferencia e interés”<sup>4</sup> Esta postura ubica al intelectual en el camino viable para que el saber crítico tenga lugar.

Mientras esta figura encuentra sus condiciones de posibilidad en una etapa histórica y en un trayecto de escritura particular, que comienza en 1933 y se prolonga hasta 1946, conforme la coyuntura política va mostrando escenarios que representan la variabilidad y que muestran sus pretensiones de modificar las circunstancias imperantes, el escritor percibe cómo, a contrapelo de los discursos oficiales, la situación de la política nacional se agudiza y cómo se intensifica la precipitación de Argentina en el caos irreparable, principalmente a medida que el gobierno de Perón va teniendo lugar. En correlación con estos avatares, se evidencia la fluctuante ubicación de la inteligencia en el dominio del campo intelectual local y, con ello, se modifican las validaciones que cada uno de ellos proyecta en sus escritos respecto de la imagen de sí. Como afirma María Teresa Gramuglio: “Las figuras del escritor pueden ser concebidas como ideologemas en el sentido que Jameson confiere a este término, esto es, como unidades discursivas complejas, a la vez ideológicas y formales, que construyen soluciones simbólicas a conflictos históricos concretos.”<sup>5</sup>

En este sentido, Ezequiel Martínez Estrada resulta un escritor clave para apreciar el espectro de movilidad que va tomando el proceso de autorrepresentación, que se constituye en el depositario del rol que el intelectual decide asumir sobre sí mismo y desea hacerlo público, en una lucha que mantiene simbólicamente con los restantes miembros de la intelectualidad local, proceso que el ensayista construye en estrecha tensión con la perspectiva que adopta respecto de la apreciación de los sucesos políticos por los que atraviesa el país, en la que hará primar siempre el imperativo moral. Este posicionamiento se entronca con las formulaciones que traza Jean-Paul Sartre en la revista *Les Temps Modernes* (1945) respecto del papel que deben desempeñar los intelectuales como grupo ético; postura a la que se refiere del siguiente modo Carlos Altamirano: “La libertad del escritor es una libertad *situada*, como la de todos los hombres, y sólo puede escribir en situación y dentro de una situación. ¿Cuál es su misión? Proporcionar a la sociedad una “conciencia inquieta” de sí misma, una conciencia que la arranque de la inmediatez y despierte la reflexión.”<sup>6</sup> Por eso su actitud es una ‘revolución perpetua’ y en ello reside la permanencia del deber.

Observaremos algunas de las imágenes que diseña el ensayista respecto de sí, y veremos cómo confluyen en una representación que intensifica el padecimiento del intelectual, a

partir de lo cual subraya el carácter asfixiante de las prácticas políticas de turno, (con mayor recrudescimiento reprueba la etapa del gobierno peronista en nuestro país), que flagelan el cuerpo exánime de la patria y del escritor, en un paralelismo que sostiene a ultranza la propia concepción respecto del papel que corresponde desempeñar a todo intelectual, según pronunciara en su *Mensaje a los escritores* de 1959:

“... la misión de la literatura es ésta, precisamente, de identificarse con el pueblo, de tener, aunque sublimadas, su alma, sus pasiones, sus ideas (...) También nuestro pueblo necesita del estímulo de los rebeldes revolucionarios temperamentales más que de las institutrices y de los cicerones. El libro de Camús, “El hombre rebelado”, expone mi tesis de que es indispensable el “enemigo de las leyes” para que la ley se depure y vigorice sin estancarse y corromperse. Los que gobiernan tienen el deplorable derecho de perseguirlos y ejecutarlos, pero nosotros tenemos el deber de representar frente a ellos, la fuerza que exige ascender y avanzar, otra vez y siempre, si la democracia es, como pensaba Whitman, ese anhelo insaciable.”<sup>7</sup>

Si tomamos en consideración las figuraciones que proyecta en tanto intelectual, podemos remitirnos al cuento “No me olvides” de 1957. En este caso, notamos cómo Martínez Estrada representa respecto de sí el perfil de una vida miserable, que permanece en la injusticia de una vejez que le reporta la soledad y el desprecio, generalizable a una totalidad asfixiante. La ausencia de la fama y del dinero marca la precipitación en un declive inevitable, que conlleva la clausura de su profesión de escritor y la decadente necesidad de recurrir al mundo, tan pesimistamente reproducido en sus escritos, para merodear en busca de imposibles oportunidades. La plasmación de sus cualidades, bajo la forma de carencias que le imposibilitan quedar exento de los infortunios que padece, prima en el cuento y se entrelaza con la dubitación en tanto modo de dar a conocer la situación agobiante.

El repliegue del escritor sobre sí mismo y sobre su propia interioridad remite al exilio interno en el que lo precipita el entorno. El eje que vertebra el discurso y las configuraciones reside en sobredimensionar el marco de injusticia extrema que convierte en víctima perpleja a la figura del escritor, en conflicto permanente con el ambiente inquisidor. Despojado de todos sus bienes materiales y simbólicos, clausuradas las puertas que le permitían el acceso al campo de la cultura, Martínez Estrada se retrae del mundo y, en su ostracismo interior, representa el drama de su vida

presente como si multiplicara en un juego de espejos, las construcciones que remiten reflexivamente al universo de su propia escritura. El paralelismo entre el teatro dramático que desarrollara y la puesta en escena de su aguda vida actual, confirma el valor de su obra precedente y certifica que sus pronósticos esbozados desde 1933 se tornan visibles en el cuerpo exánime de la patria y del escritor. El panfleto “Andamos en la maroma”<sup>8</sup>, en referencia a sus escritos que condenan de modo recalcitrante el gobierno de Perón, produce el quiebre definitivo que lo precipita abruptamente en el exilio, acción que contraría el valor de la escritura y el saber certero que sólo a él corresponde y que, paradójicamente, la ignorancia generalizada se obstina en rechazar. El encierro del escritor en sí mismo, expelido del mundo y replegado sobre sí, pone en evidencia el despotismo exacerbado del Estado, representado por las figuras emblemáticas que encarnan el poder y ejercen la censura. En esas condiciones, Martínez Estrada accede a un saber, pero en este caso, contrariador:

“Comprendí que ser escritor es no ser nada y que la lucha por la vida, sin piedad ni tregua, se realiza en planos asentados sobre la tierra, con fuerzas propias de la especie y no del individuo. Recapacité, desandando mi vida y la contemplé como un error prologado cincuenta años por un azar favorable (...) Me había entregado a mi destino y ahora sólo tenía que esperar la suerte que señalaran los dados bajo el cubilete aún sin levantar del todo. Pero la suerte estaba echada y yo perdido, eso era lo cierto. Ninguna esperanza de encontrar salida a mi situación lucía en las tinieblas de mi abatimiento, pero estaba resignado a lo peor porque no podía morir.”<sup>9</sup>

Si en *La Cabeza de Goliath* la figura del extranjero es el resultado de una simulación que justifica la presencia del *flâneur*, y legitima la mirada veraz del intérprete, en “No me olvides” esa imagen se origina en el extrañamiento que le provoca al escritor el retorno al medio circundante, que se produce como consecuencia del encierro interior que lo transforma en un ‘paria’, que lo instala en un ‘fuera de lugar’ y en un ‘fuera de sí’. En el exilio de su propia vida (y en la premeditación de su futuro exilio del país, que se materializa en 1959), el escritor ilustra la atmósfera extremadamente opresiva que reina en el país y que lo convierte tan sólo en una sombra, despojado terriblemente de su ser. Martínez Estrada expresa de este modo su caída en la marginalidad sofocante: “Transitando como siempre, me sentí extranjero, rotos los hilos secretos que me unían a mis semejantes, a mi ciudad, a mi época; un ser exótico, desorientado, anacrónico (...)

Yo mismo me desconocí. Me percibía andar, pensar, usando de mis sentidos y ausente, a manera de cadáver galvanizado.”<sup>10</sup>

La destrucción de sí mismo, tanto como la soledad del incomprendido son absolutas. Incluye al universo total de seres que lo rodean dentro de las fuerzas sociales que impelen a su decadencia. Esta vez, tanto sus colegas, como el público en general y sus viejos amigos le ofrecen la indiferencia. No son ya únicamente quienes conforman el campo cultural nacional, que lo repudian mediante extensas y numerosas publicaciones, los que constituyen el blanco de ataque del escritor, sino que el conflicto con el ambiente abarca e incluye, en estos casos, a una totalidad inescindible. Según señala Viñas, ‘su marginalidad no va mucho más allá de lo imaginario’, sin embargo, a medida que lleva a cabo la ruptura con todo un pasado, empieza el conflicto con sus lectores y tendrá un nuevo auditorio al cual seducir<sup>11</sup>. Por eso como en *Las 40* y en *Exhortaciones*, ensayos de 1957, en el mencionado cuento clausura la comunicación con sus congéneres: en el aparente diálogo consigo mismo y a través del despliegue de las implicancias del título, aparece la remisión de su discurso a un nuevo público lector, que reside, esencialmente, como lo pronunciara una y otra vez, en los jóvenes del porvenir.

Para concluir podemos afirmar que el ensayista resalta incansablemente en sus escritos que sus pronósticos se concretan a medida que el tiempo y los hechos transcurren. Esta estrategia le permite validar su escritura y sus dilucidaciones, a contrapelo de los encendidos discursos que los intelectuales disidentes publicaron contra él, en el escenario de la cultura nacional. Además de certificar el valor de verdad de sus interpretaciones, reafirma y consolida su imagen de intelectual crítico, frente al agreste y polémico medio que le tocó disputar, en particular, a partir de la emergencia del gobierno peronista en nuestro país. Por eso son frecuentes y llamativas las configuraciones que proyecta de sí y que inserta en la mayor parte de los ensayos dedicados, primariamente, a la interpretación de la idiosincrasia nacional y de los caracteres político-sociales que nos singularizan.

La validación de sus dilucidaciones, en forma paralela a las confirmaciones de los sucesos adversos que padece el país, se hace posible a través de la puesta en abismo de sus anuncios, que se plasman en el agobio y los tormentos que sufre el escritor, en consonancia con los destinos funestos, que visiblemente aquejan al país. El texto al que

se ha hecho referencia constituye la evidencia de que sus pronósticos se actualizan, perviven y aún se intensifican con el transcurso del tiempo, sin que los sucesos políticos fluctuantes impriman una mínima mediación. Como en 1933, el caos funde la vida del intérprete con la existencia exánime de la nación, y, juntos, se precipitan, en 1957, en la ruina, la vergüenza y la humillación, factores que conducen al encierro primero y al exilio después, como únicos caminos viables para la salvación.

---

<sup>1</sup> Martínez Estrada, Ezequiel, *La cabeza de Goliath, Microscopía de Buenos Aires*, Losada, Barcelona, 2001, p. 15.

<sup>2</sup> Cfr. Simmel, Georg, *Sociología*, en: Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2006, p. 43.

<sup>3</sup> Martínez Estrada, Ezequiel, *La cabeza de Goliath, Microscopía de Buenos Aires*, op. cit., pp. 16-7.

<sup>4</sup> Simmel, Georg, *Sociología*, en: Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación*, op. cit., p. 43.

<sup>5</sup> Gramuglio, María Teresa, “La construcción de la imagen”, en: AAVV, *La escritura argentina*, Universidad Nacional del Litoral, Ediciones de la Cortada, Santa Fe, 1992, pp. 40-41. [Jameson, Fredric, *The political Unconscious*, Carpell University Press, 1981, pp. 87-8 y 115-119].

<sup>6</sup> Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación*, op. cit., p. 38. [Sartre, Jean-Paul, *Les Temps Modernes*, 1981, p. 100.]

<sup>7</sup> Martínez Estrada, Ezequiel, *Mensaje a los Escritores*, Pampa – Mar, Bahía Blanca, 1959, pp. 31-32.

<sup>8</sup> Martínez Estrada, Ezequiel, “No me olvides”, en: *La tos y otros entretenimientos*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1957, p. 101.

<sup>9</sup> Martínez Estrada, Ezequiel, “No me olvides”, ibidem, pp. 106 - 7.

<sup>10</sup> Martínez Estrada, Ezequiel, “No me olvides”, ibidem, p. 102.

<sup>11</sup> Viñas, David, “Martínez Estrada, de *Radiografía de la Pampa* hacia el Caribe”, en: Martínez Estrada, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Archivos, México, 1993., p. 421.

## BIBLIOGRAFÍA

AAVV, *La escritura argentina*, Universidad Nacional del Litoral, Ediciones de la Cortada, Santa Fe, 1992.

Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2006.

Gramuglio, María Teresa, “La construcción de la imagen”, en: AAVV, *La escritura argentina*, Universidad Nacional del Litoral, Ediciones de la Cortada, Santa Fe, 1992.

Martínez Estrada, Ezequiel, *La cabeza de Goliath, Microscopía de Buenos Aires*, Losada, Barcelona, 2001.

--- , *Mensaje a los Escritores*, Pampa – Mar, Bahía Blanca, 1959.

--- , “No me olvides”, en: *La tos y otros entretenimientos*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1957.

--- , *Radiografía de la Pampa*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Archivos, México, 1993.

Simmel, Georg, *Sociología*, en: Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2006.

Viñas, David, “Martínez Estrada, de *Radiografía de la Pampa* hacia el Caribe”, en: Martínez Estrada, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*, Consejo

---

Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Archivos,  
México, 1993.